

Ejecuta Enrique Caravia en el Museo Nacional mural de grandes dimensiones con los procedimientos plásticos de los bizantinos

Por **ARMANDO MARIBONA**
De la Redacción del
DIARIO DE LA MARINA

La noticia aparecida en los periódicos acerca del mural en mosaicos venecianos que está confeccionando el pintor Enrique Caravia en el vestíbulo del nuevo edificio destinado a Museo Nacional, despertó gran interés en el público más por la elevada cifra de un millón de piedrecitas con las cuales será cubierta una superficie de 16 metros de largo por 5 de alto, que por los méritos artísticos intrínsecos de esa magnífica composición.

Aunque sólo en parte, la apreciación intuitiva de la gente no está mal encaminada: ese mural de Caravia, aparte de sus valores estético-plásticos, presentaba enormes dificultades circunstanciales y técnicas, que gracias a los estudios previos y a las conexiones que realizó el artista en sus viajes a Europa, le permitieron resolver.

Cualquier persona culta sabe en qué consiste el mosaico, cómo desde tiempo remoto los pintores han venido buscando fórmulas y sistemas para lograr la perdurabilidad de su obra. La clara de huevo, la goma arábiga, la cola, el aceite de linaza y otros procedimientos han sido ensayados durante siglos para fijar los pigmentos al muro, a la plancha de cobre, al lienzo, a la madera, al cristal, a la terracota, etc. La pintura al fresco es perjudicada por la humedad y nunca alcanza la brillantez cromática de los colores vidriados que, en secciones de un centímetro cuadrado de superficie o menos, usaban los mosaiquistas bizantinos, pues sus colegas romanos usaban mármol y otras piedras, de colores más suaves y que no vibran al recibir la luz.

Pintores, escultores y grabadores se deleitan en la creación y el empleo de técnicas para lograr texturas. Van Gogh aplicaba el óleo haciendo rayas. Seurat y Pissarro ejecutaban con pequeños toques de pincel ("puntillismo"). Uno y otros eran "divisionistas" porque, a cierta distancia de sus obras, se produce la ilusión óptica de la mezcla de los colores en la retina de quienes las observan. El arte del mosaico fue en cierto modo el precursor

porque en la imposibilidad de esfumar o fundir los tonos, cada piedrecita, que equivale a una pincelada, es una unidad definida, y el efecto se obtiene intercalándolas

hábilmente para que a la distancia produzcan el efecto deseado. Pero, además de esto, los bloquitos vidriados del mosaico bizantino tienen una textura peculiar inlogra-

ble con cualquier otro material o procedimiento.

Todo lo expuesto es sencillo en su explicación, mas su aplicación resulta muy complicada. En primer lugar, los materiales han de ser importados de Europa, y aun allá cada fábrica tiene su secreto en materia de colores y de gamas, por lo que el artista, de acuerdo con su gusto y criterio, y teniendo en la mano el boceto y en la mente la concepción completa de su obra tal cual ha de lucir cuando esté terminada, ha de peregrinar buscando "las pinceladas" que necesita utilizar.

Por otra parte, y aun cuando resulte incomprensible, los mosaicos se venden por peso, no por medida, de ahí que el artista haya de calcular cuántos gramos, onzas o libras tendrá que adquirir de cada color y de cada tono destinadas específicamente a tal o cual fragmento del total de su obra.

Ya en posesión del material, el artista dedica largas horas, durante semanas y meses, a "armar el rompecabezas", colocando piedrecita por piedrecita sin perder la orientación global de su composición, pues es esencial el factor distancia: la enorme diferencia entre la realidad y cómo ha de lucir al público.

El caso del mural en mosaicos para el Museo Nacional presenta otra característica digna de ser enfatizada: por primera vez en Cuba se ejecuta una obra de su clase, y se necesita valor y seguridad en sí mismo por parte del artista para aceptar un encargo de tales dimensiones, que ha de quedar permanentemente "incrustado" en la pared del edificio del Museo Nacional. Sin embargo, no ha habido improvisación ni ligereza alguna. Antes de comenzar su trabajo Caravia acudió a las antiguas iglesias europeas a observar los mejores mosaicos del mundo, acudió a las bibliotecas en plan de consulta, adquirió libros y reproducciones, e hizo ensayos prácticos para "bintar con cuadraditos de colores".

Enrique Caravia es un criollo optimista que siempre está de buen humor, dando bromas a sus amigos y haciendo chistes. Sin embargo, pocos cubanos actúan con tanta seriedad y con tal espíritu de responsabilidad como él. Curso sus estudios artísticos en La Habana, en Madrid, en Roma y en París con las mejores notas. Obtuvo por concurso-oposición la beca que le permitió pasarse seis años en Europa, así como las cátedras sucesivas que ha desempeñado y la que desempeña en "San Alejandro". Costea con el producto de su trabajo los viajes que realiza anualmente, sin ayuda económica oficial, ni aun cuando ha representado a Cuba en las Con-

2

157

ferencias del Consejo Internacional de Museos efectuadas en París—1948—, en Londres —1950—, y en la reunión del Comité Ejecutivo de ese organismo —1952—, por delegación expresa del Director del Museo Nacional, don Antonio Rodríguez Morey.

Su actividad como presidente del Colegio de Profesores de Dibujo, Pintura y Modelado fué un éxito de organización y de eficiencia. **Ajeno totalmente a la política, ha rehusado inscribirse en los partidos,** ni cultiva deportes ni juegos para poder dedicarse enteramente al arte y al estudio.

Esta breve relación de hechos positivos demuestra que el almuerzo-homenaje por Caravia recibido hace varios días estaba plenamente justificado.

He aquí la cuartilla que leyó Caravia en contestación al brindis del agasajo:

"En primer término quiero dar las más expresivas gracias a los compañeros Gumersindo Barea, Mario Santi, Luisa Fernández Morel, Manuel Vega y Armando Maribona por haber organizado tan magnífico almuerzo, y a todos los distinguidos asistentes.

"Siento en lo más íntimo que este almuerzo que tan espontáneamente me ofrecen mis compañeros del Claustro de la Escuela Nacional de Bellas Artes y su Anexa, tiene más de homenaje por lo que he dejado de ser en la Escuela que por lo que estoy haciendo en el Museo Nacional.

"Mi mosaico, trabajado con los materiales que empleaban los artistas bizantinos, tiene un simbolismo: una Rosa de los Vientos apuntando a todas las direcciones de la cultura. Las artes deben ser absolutamente libres. Tres figuras clásicas representan el arte del pasado: un asirio, una griega, un sacerdote medioeval. Al otro extremo, tres figuras representativas de las diversas modalidades de las artes contemporáneas. El Museo Nacional debe ser en síntesis el centro de toda la actividad artística de la nación, sin distinción de tendencias. Ello es lo que he querido expresar, pues todos sabemos que los contemporáneos de hoy serán los clásicos de mañana.

"Este mural ha sido realizado con la colaboración de tres jóvenes artistas: Romárico Heredia, Joaquín Ferrer y Rolando Portuondo, quienes como la frase latina "Labor Omnia Vincit Improbis", han desarrollado una labor ímproba que todo lo ha vencido.

"Para el mes de diciembre del presente año se ha anunciado en Cuba y en el extranjero la inau-

guración de la Bienal Hispano-Americana. El boletín oficial de la UNESCO así lo ha afirmado. Este extraordinario acontecimiento artístico plantea la urgentísima terminación de las obras del Museo Nacional. Creo que sería una vergüenza para los cubanos si no fuéramos capaces de terminarlo para esa fecha, y tuvieran que exponerse las obras en los salones de los Centros Regionales Españoles y en el Capitolio Nacional, que no reúnen las excelentes condiciones del actual Museo Nacional, el que una vez terminado, con todas las especificaciones de la museografía moderna, será sin lugar a dudas, uno de los mejores del Hemisferio Occidental como dijera Mr. Hamlin, presidente del Consejo Internacional de Museos.

"Pero con sólo la terminación de las obras del Museo los cubanos no vamos a tener un buen Museo Nacional. El Museo Nacional, como la Escuela Nacional de Bellas Artes "San Alejandro", deben disfrutar de absoluta autonomía.

"El Museo Nacional debe estar respaldado por una ley que lo ponga a salvo de los vaivenes de la política cubana. Que garantice plenamente al coleccionista o al donante, de posibles pérdidas, de robos, o de deterioro. Porque, como ya hemos dicho muchas veces, el dinero desaparecido puede repararse o recuperarse, pero una obra de arte que no esté técnicamente restaurada, puede perderse definitivamente para la posteridad. Esa Ley de Autonomía del Museo Nacional debe estar redactada con patriotismo, con desinterés, con todas las avenidas tomadas, para no hacer del Museo Nacional un centro de burócratas o de "botelleros".

"Debe haber una Junta de Patronos, en la que figure un banquero, un hacendado, un colono y representantes de entidades culturales. Este grupo debe gobernar el Museo de acuerdo con el Director. También deben formar parte de la Junta de Patronos y tener derecho a voz y voto todos aquellos donantes que por la importancia del donativo lo merezcan.

"Me permito llamar la atención sobre la urgencia de estudiar una Ley de Autonomía del Museo. Estoy seguro de que el Honorable señor Presidente de la República accedería a su aprobación si se le explica que es el mejor sistema y el más recomendable, según se ha demostrado en las Conferencias del Consejo Internacional de Museos celebradas en París en 1948 y en Londres en 1950.

"Y por último, quiero felicitar a los presentes en este almuerzo, porque todos, en su momento oportuno y en las instituciones a que pertenecen han hecho y harán por que la obra más bella que pueda realizarse en la República, la construcción del Museo Nacional, se termine pronto y felizmente, y con la garantía de un funcionamiento ejemplar".

AM, Oct 18/53



El mural ejecutado con mosaicos bizantinos por el eminente pintor Enrique Caravia en el vestíbulo "José Martí" del Museo Nacional se ve en el proceso de unir las juntas de los paneles-fragmentos (320 en total). Cerca de un millón de pequeños cubos que miden un centímetro cuadrado por 6 milímetros de espesor, cubren la superficie de 80 metros cuadrados con una composición simbólica de la evolución o etapas de las artes clásicas y contemporáneas. Es la primera obra de su tipo y de sus dimensiones que existe en nuestro país. (Romárico Heredia, uno de los colaboradores de Caravia, aparece trabajando en el andamio).